

EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*La violeta y el clavel*, poesia, por D. Francisco J. Manrique.—*La sombra de Ida*, (continuacion), por Leon Gozlan.—*Crónica de Paris*, por D. Jerónimo Lafuente.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego sexto del tomo quinto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXII.

LA MARQUESA DE MONTEMAR, A LA CONDESA DE PEÑAFIEL.

Castillo de Montemar, mayo de 18...

Voy á tener, señora, el placer de hacer á usted un servicio en memoria de nuestra antigua y buena amistad cuando ambas éramos pensionistas en casa de Mine. Honoria, y al mismo tiempo daré á esta querida exdirectora una prueba de afecto y de gratitud, desviando de su inocente cabeza una acusacion que V. misma ha arrojado gratuitamente sobre ella.

Soy aquella Valentina, que V. humilló en cuantas ocasiones pudo, así que dejó de ser niña; aquella Valentina que cometió el enorme delito de ser mas bonita que V., y despues el no menor de enamorar al que iba á ser su esposo; y V. es la señorita Clara de Campoverde, mas orgullosa que bella, mas severa que tierna, casada con el conde de Peñafiel, porque este tuvo lástima de usted al ver que yo le habia robado su novio, y que jamás ha logrado la dicha de ser amada por ningun hombre.

Repasemos la lista de todos los amores de usted y se verá que no exagero.

En primer lugar, y estando todavia en el colegio, se enamoró de V. un estudiante de la universidad, al que, á pesar de ser tonto y presumido, correspondió V. con esa sed de afecciones que toda su vida la ha dominado.

Su mamá de V. la sacó de la pension como niña mal criada, la desterró á casa de su tío, y se acabó la funcion.

El estudiante no volvió á acordarse mas ni de la santa de su nombre: á los dos dias de salir usted, empezó á hacerme á mí el amor, y yo no le hice caso: era demasiado feo y demasiado tonto para la aldeanita Valentina, como V. me llamaba.

Despues se enamoró V. con frenesí de César de Montemar; él jamás lo estuvo de V: pero era un niño y se lo creyó: no obstante, me vió á mí, y conoció que se habia engañado; se empeñó en casarse conmigo, y lo consigné, porque para mí era una gloria el aprovechar todos los afanes que la mariscala se habia tomado para V.

De su esposo de V. no quiero hablar, porque jamás la amó; es demasiado grande, noble y superior para eso; desengañese V., querida condesa, Camilo de Peñafiel no puede amar á V.

Pero no es esto lo peor: sino que él ama á otra: V. lo conoció muy pronto, y procuró in-

dagar quien era esa *otra*, fijándose en la inocente Honoria que es lo que se llama una buena mujer, además de una mujer buena.

Yo que supe los celos de V. así que llegué de París y á qué parte dirigia sus sospechas, me reí: conozco mas á fondo que V.—á pesar de su ponderado talento—á su marido y á nuestra antigua directora, y me dije:

—No lleva ese rumbo el pensamiento del conde!

Se fué Honoria huyendo de sus celos de V. y quizá para desvanecerlos, y el conde se fué también ¡cosa rara! al mismo sitio que ella: los celos de V. subieron de punto, y yo seguí riéndome y diciendo:—no es eso.—

Hice lo que V. debía haber hecho: me propuse aclarar la verdad del asunto, y fingi estar enferma y querer pasar algunos dias en este viejo castillo, al cual me vine con mi camarera: á las pocas horas de estar aquí, sabia ya todo lo que deseaba saber: lo que me propongo comunicar á V., pues este es el objeto de mi carta.

El conde de Peñafiel no la ama á V. ni ama á Honoria: á quien ama es á Mérida, á su hermana de V., y la ama con un amor que yo le aseguro durará tanto como su vida, porque el que ama á Mérida, no la olvida nunca, y además cuando ama el conde, es para siempre.

Lo que de él he oído contar en París me ha hecho formar un juicio muy exacto de su carácter: porque esta *aldeana* Valentina, que hoy tiene el atrevimiento de escribir á V. como de igual á igual, posee un raciocinio muy exacto.

Perdon, señora condesa, si he emponzoñado en el corazón de V. el afecto mas tierno y mas profundo que en él se abriga: el amor á su hermana, á la que ha adorado siempre: pero qué remedio? este es el mundo: Mérida, á quien V. ha idolatrado toda su vida, le roba su marido: Valentina, la atrevida aldeana, que se quería igualar con V., le hace un servicio no pequeño advirtiéndola de lo que pasa.

Aquí está el conde vagando por los sotos todo el dia como alma en pena: se queda pálido y descolorido, y aunque hombre de mundo, se complace en mirar la luna y los arroyuelos como un colegial.

Mérida creo que ni sospecha siquiera el efecto que produce: está disponiéndose para marchar con su marido, á quien ama, á la ciudad. Mérida es un ángel y por eso la adora el conde; eso no es extraño, porque yo la amo también: antes de venir aquí, la compadecía por ha-

ber de vivir entre rústicos: ahora la admiro y conozco que no hay situación, que la virtud, las gracias y el talento no puedan embellecer: ¡ah, condesa! á V. es á quien compadezco ahora por tener semejante rival, pues no podía haber otra mas peligrosa para V.!

Se irá el conde á la ciudad detrás de Mérida? eso sí que sería gracioso y poco agradable para su esposa.

Le deseo á V. toda clase de consuelos y de felicidades, y acabo esta dándole un consejo; dicen que mi marido está, ahora que es usted de otro y él es mio, enamorado de V.: vénguese del conde aceptando sus rendimientos: es el mejor consejo que le puede dar la *aldeana*

VALENTINA.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

A MI APRECIABLE AMIGA

la distinguida poetisa

SRA. D.^a MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LA VIOLETA Y EL CLAVEL.

Apólogo.

De agosto en una
templada siesta
que á la floresta
fuí á cazar,
sencilla historia
de sus amores
así á dos flores
oí contar.

—Yo, de las auras
al soplo amado
mi nacarado
cáliz abrí,
y guarecida
bajo sus alas
mis ricas galas
desenvolví.—

—Allá en la quieta
serena noche
mi casto broche
la luna abrió;
matrona errante

de blancas tocas
que entre las rocas
me visitó.—
—

—Jugando inquieto
el éuro estivo,
beso lascivo
vínome á dar;
yo mis aromas
rendíle en pago,
su tierno halago
para premiar.—
—

—Si en luz el Este
se tornasola,
yo mi corola
pliego veloz,
y ni una lágrima
de las que llora
la mansa aurora
recojo yo.—
—

—De la luciérnaga
fosforescente
solo á mi frente
llega la luz,
y el rudo abrojo
de áspero argoma
guarda el aroma
de mi virtud.—
—

—En los festines
luce y se afana
la cortesana
con mi matiz!
su seno dame
templado lecho,
y esmalto el pecho
de carmesí.—
—

—Cuando abandono
mis soledades,
y las ciudades
bajo á habitar,
(memoria triste,
si bien piadosa,)
mortuoria fosa
voy á adornar.—
—

—Cien purpurinas
bocas rientes,

me dan ardientes
besos de amor.—

—Así liviana
tus hojas pinta
la roja tinta
del impudor.—
—

—Soy de los cármenes
príncipe altivo.—

—Yo, solo vivo
de mi humildad.—

—Vivir no es eso.—

—Vida es mas pura
que la que apura
tu vanidad.—
—

—Para mí, triunfos;
para tí, olvido.—

—¡Fín prometido
para los dos!—

—¡Já! ¡já! me inspiras
desden profundo.

Yo soy del mundo.—

—Yo soy de Dios.—
—

.
Dime, Maria,
ángel soñado,
boton cerrado
de este vergél;
si en flor un día
te transformáras,
ser qué anheláras,
¿viola ó clavel?

Francisco J. Manrique.

Mayo 10 de 1865.

LA SOMBRA DE IDA.

POR LEON GOZLAN.

(Continuacion.)

Cuando aparecí en el comedor á tomar el desayuno, mi palidez de fantasma fué notada y mi abatimiento fué causa de que mi excelente madre me preguntase con insistencia por mi salud. Llamo la atencion sobre esta circunstancia, porque hacía mucho tiempo que por mi culpa, por no causarme incomodidades, mis relaciones con mi familia eran casi nulas. Por lo demás, si la simpatía de cada uno no me había

sido devuelta, me pareció que la hostilidad que habia creído ver en todos hacía mí, se habia apaciguado algo. Flandern me miraba tambien con una admiracion animada de la misma benevolencia. Solamente en su sentimiento mas vivo, pero menos claro, dejaba percibir cierta satisfaccion distinta de la que causaba á todos los demás.

Durante el dia, una corriente afectuosa, aunque no profunda, se estableció entre mis hermanas y yo. Ellas me vieron, sin admirarse, aproximarme al piano en que estudiaban y al caballete en que pintaban, y cuando me vieron tomar los pinceles y ensayar un paisaje, no manifestaron estrañeza. En fin, el dia fué bueno comparado con tantos malos como hasta entonces habia pasado. No cantemos victoria todavía: aquella crisis podia no ser otra cosa que un poco de calma entre dos borrascas.

Así como se acercaba la noche, reaparecian mis temores: tenia miedo, al ponerme á rezar, á la sombra de la víspera. Retardé este momento tanto como pude... Fué necesario, sin embargo, decidirme á rezar; mis rodillas temblorosas se apoyaron sobre la alfombra. Comencé la oracion. No me atrevia á llevar la vista al fondo de la alcoba por miedo á las serpientes y á los cuernos de la noche anterior... La curiosidad venció al temor: mis miradas se fijaron, á pesar mio, en el sitio en que la víspera me habia visto. Ví mi sombra y respiré... mi cabeza, regularmente envuelta en mi gorro de noche, no dejaba desbordarse por mis sienes mas que dos finos bucles de cabellos, tan finos como si las sílfides del sueño los hubieran pintado alrededor de mis hombros con el extremo de sus dedos mojados en la noche. Mi perfil, en actitud meditativa, representaba los suaves rasgos de las mujeres piadosas, de las jóvenes mártires trazadas por el pincel moribundo de Pablo Delaroché.

La realidad, piadosa para mí, habia producido la sombra tambien piadosa, así es, que redoblé mis esfuerzos y mi valor para que la sombra á su vez contribuyese al perfeccionamiento moral de la realidad, y lo conseguí de tal suerte, que de emulacion en emulacion, ya de parte de la realidad, ya de parte de la sombra, cuando me levanté de rezar para acostarme, parecióme que mi sombra me sonreía y me decia envolviéndose entretisús de tinieblas: «Continúa, Ida, continúa, bien, por esta noche.» Y se despedía de mí.

A un poco de órden sigue siempre otro poco, despues mas, luego mucho. De la actitud recogida en la oracion, pasé al buen tino en mi tocado: de aquí al amor al trabajo; el puente por donde habia de salvarme estuvo construido. Me entregué al trabajo, quise atraerlo, y mas tarde concluí por aceptarlo tal como se presentó. Despues de algun tiempo me figuraba, cuando trabajaba ó cosía, ó recibía, ó tocaba el piano, ó pintaba en presencia de mi sombra convertida poco á poco en una confidente, en una amiga, en una hermana muda, me figuraba, repito, que me imitaba, porque me encontraba digna, distinguida, perfecta aquella otra yo.

No os imaginéis, por el cuadro que acabo de pintar, que mi curacion era ya completa. Era preciso andar con cuidado por este camino progresivo. Mi espíritu, durante tan largo tiempo maleado, se levantaba de nuevo, pero muy débil.

Vais á convenceros de la verdad de mi aserto.

Sucedió en esta época,—tenia yo quince años,—un acontecimiento notable siempre para una familia.

Mi prima Beatriz iba á casarse: las bodas habian de celebrarse tres meses despues de los esponsales que ofrecian magnífica época de fiestas y placeres. A aquellos desposorios fueron convidados todos los parientes próximos y lejanos, todos escepto yo. Primer desaire.

(Se continuará.)

(Traduccion).

Jerónimo Lafuente.

CRÓNICA DE PARÍS.

Principio quieren las cosas; y una vez empezadas, difícil es adivinar á dónde concluirán.

Cuando Luis XIV tuvo la feliz idea de abrir la primera esposicion de obras de arte en 1667, ¿pudo ocurrírsele siquiera que habiamos de llegar á ver espuestos los perros, y en peligro de esposicion los gatos, loros y toda especie de cuadrúpedos, bípedos y cetáceos?

Los periódicos anuncian como segura para el 15 de agosto próximo, una esposicion universal de *insectos*, dispuesta por la Sociedad central de Agricultura. Nada, pues, tendria de estraño, y ya ha habido quien lo ha propuesto, que se reunieran en permanente esposicion los sabios y filósofos, á quienes el público pudiera dirigir preguntas, mediante un *tanti-quantí* pa-

gado á la puerta, sobre historia, geografía, matemáticas, etc.; pero se teme gran oposicion por parte de los escritores franceses que hacen novelas á tanto el metro, y que se proponen enseñar en adelante algo de bueno en sus producciones, para evitar tal esposicion.

La de Bellas Artes, abierta en 1.º de mayo último, contiene 2,243 cuadros, 411 esculturas, 611 dibujos, 245 grabados y 60 litografías.

Entre los espositores se cuentan el rey de Portugal, que ha presentado un grabado; Halim-Pachá, príncipe egipcio que ha enviado una vista de Suez, y la duquesa de Colonna y la baronesa de Nathaurel de Rothschild que han llevado algunas acuarelas.

Hay quien dice que la actual es una de las peores de las noventa y dos esposiciones que la han precedido desde hace doscientos años.

No pasan de treinta las obras que merecen llamarse buenas, entre las que se cuenta premiado con una medalla, el *Desembarque de los puritanos en América*, de Gisbert.

Como en España, se observa en París el gusto por los cuadros de gran tamaño, y un lienzo de seis metros de largo y cuatro de alto es una eficaz recomendacion para atraer las miradas del público y de los jurados, que, por otra parte, consideran justo reintegrar á los autores, sino el tiempo, los gastos que hicieron.

En el teatro de Vaudeville tenemos á la Ristori, que llama bastante poco la atencion del público, porque no es una novedad, y aquí se mueren por lo nuevo.

Dígalo si no el hombre del Hipódromo, que arrastra la multitud cada dia que se presenta en la arena.

La principal habilidad del hombre del Hipódromo consiste en dividir un cordero en dos partes de un solo sablazo. Y á presenciar este espectáculo corre ahora el público de París con el mismo entusiasmo que corría hace pocos dias á ver la Africana, ó la mula indomable del circo Napoleon, ó el gran concierto gimnástico-vocal-instrumental del Prè Catelan, en el bosque de Boulogne.

Y en verdad, y con justicia, esta última fiesta ha llamado especialmente la atencion.

El comité de la sociedad alemana de París, llamada Teutonia, habia invitado hace tiempo á los gimnastas-cantores de todas las poblaciones de Alemania, y mil extranjeros han respondido á aquel llamamiento: estos son los que hemos visto y oído la semana última.

Empezó la fiesta por un discurso en alemán que pronunció el presidente y que mereció aplausos de los que lo entendieron.

Los ejercicios mas difíciles, los mas peligrosos equilibrios, ejecutados por mil gimnastas á la vez, á la sombra de los árboles, el ruido de la música y de los aplausos de un numerosísimo público que rodeaba á aquel ejército de intrépidos jóvenes, constituian un espectáculo tan admirable como extraño.

Cuerdas, alhambres, caballos, trapecios y escalas, y otros mil instrumentos de gimnasia de todo género, eran puestos en movimiento á una sola voz con el mayor orden y la mas exacta precision; y el espectáculo cambiaba á cada momento, sin que los ejecutantes se atropellasen, sin confundirse, sin tropezar unos con otros. Habríaseles tomado por una legion de autómatas obedeciendo á un resorte ó á una corriente eléctrica, si no se les hubiese visto despues espresar con acentos conmovedores las mas sublimes concepciones de los maestros del arte musical.

En la segunda parte dejaron oír sus acompañadas voces tan flexibles como sus músculos: el *Salmo* de Beethoven, el *Canto de los Normandos* de Kucken, el *Himno nacional* de Reichart, un magnífico coro de Mendelssohn y algunas otras piezas ejecutadas magistralmente, colmaron de aplausos merecidos á los artistas, estudiantes la mayor parte de la universidad de Heidelberg.

Ha sido una fiesta cuyo recuerdo no se borrará tan pronto de la memoria de los verdaderos amantes del arte, no pervertidos todavía con las profanaciones cometidas diariamente en la mayor parte de los cafés cantantes.

Concurridísimos se ven los de los Campos Eliseos, y hay quien se espone á morir envenenado á peso de oro, comiendo á las seis en el mismo sitio desde donde ha de contemplar á las nueve de la noche á las Pattis, rubias, ó morenas, ó blancas, segun la moda del dia, que se ostentan en los tablados, y que si no cantan ni siquiera medianamente, en cambio la parte mímica es del gusto de los concurrentes, que prueban que lo tienen muy malo, aplaudiendo las gesticulaciones y aspavientos de aquellas virtudes trasnochadas que, pretendiendo imitar á la celeberrima Teresa, tratan con tan poca conciencia la música como la moral.

Si de aquí nos vamos al boulevard Montmartre y entramos en el teatro de Variedades en-

contraremos el mismo espectáculo poco mas ó menos.

Una mala actriz parodia allí las obras escogidas del teatro francés de la manera mas extravagante y desastrosa que pudo jamás concebir el payaso mas desvergonzado.

Seguro estoy de que si una beldad parecida se presentara en cualquiera de nuestros teatros, las *gracias* que el civilizado público parisien celebra con risas y palmadas, despertarían la indignación de los espectadores que castigarían con el mas profundo desprecio semejantes alardes de impudencia.

El público se rie á costa de la moral que llora á lágrima viva.

No se comprende cómo los parisienses, que demuestran gusto tan delicado en otras mil cosas, admiten espectáculos de ese género que tan pobre idea dan de los desgraciados que se prestan á representarlos, como de los que no solo los toleran, sino que los fomentan, aplaudiéndolos. Yo quiero creer que es una moda como otra cualquiera, cuya época pasará pronto; como pasaron las de tantas otras de las cuales ya nadie se acuerda.

Si no temiera robar el tiempo á las lectoras de EL ANGEL DEL HOGAR para leer algun interesante artículo de la distinguida directora de este semanario, ó alguno de los bellos rasgos de mi amigo el revistero, les contaría mas de cuatro escenas que he presenciado en Longchamps, en el Parque de Saint-Cloud, ó en los jardines de las Tullerías, pero renuncio á ello y me doy por satisfecho con tal que hayan llegado sin aburrirse hasta el fin de esta desventurada carta.

JERÓNIMO LAFUENTE.

REVISTA DE LA SEMANA.

Zarzuela en París.—Tres crímenes mas.—Una actriz de talento.
—Conciertos.—El Circo de Price.—La gente se marcha.—
Segunda edición.—El diluvio.

Madrid en masa se ha conjurado contra los revisteros. No sucede nada, absolutamente nada; no hay un suceso que merezca la pena de que yo le inole una víctima en los altares de mi escritorio.

Parece mentira

Pero no lo es....

Y á propósito de zarzuela; Arderius y la *troupe* por él formada para actuar en el teatro de Variedades de París, han comenzado ya los

ensayos de las *Astas del toro*, y es muy probable que á estas fechas ya hayan recogido buena cosecha de aplausos.

Y si así no sucede, lo sentiré por los franceses.

Mas claro, me causará grima que los franceses no comprendan el *chic* del género verdaderamente español, y que despues de haber obligado con sus deseos á Arderius á abandonar sus patrios lares, no correspondan á los deseos de aquel apreciable artista.

No faltan periódicos españoles que con una intención, que no comprendo, procuran desde ahora prevenir al público francés en contra de aquella compañía de zarzuela.

Mentira parece

Pero no lo es,

podríamos repetir ahora. Bien que los españoles siempre hemos sido los mismos. Hemos pagado á un precio exorbitante una butaca para ir á ver á un francés que tocaba el violin, ó la viola, ó el *violon*, y cuando se ha estrenado un drama de un compatriota, hemos brillado por nuestra ausencia en el teatro.

Volvamos á Madrid.

¿Qué sucede aquí? ¿Saben Vds. algo?

Como no sean crímenes, no hay otra novedad en la semana pasada.

Un soldado ha matado á una mujer y á un hombre por ella, y un paisano ha intentado poner fin á su existencia, por causa de una mujer tambien; es decir, que ahora, como siempre, hay que preguntar cuando ocurre algun lance por el estilo:

¿Quién es ella?

El amor nos hace desear, buscar y encontrar, decia San Agustín.

«Y matar,» podría añadir hoy á la frase del santo.

Y ahora que hablo de tan sábio varon, no puedo menos de consignar aquí lo que le ha pasado á un periódico de esta corte. Ha sido recogido por citar á aquel santo.

Renuncio, pues, á publicar una nueva cita, que se me está ocurriendo, y continúo.

La señorita Civili hace rapidísimos progresos en el idioma español; el público del teatro de la calle de la Magdalena la aplaude frenéticamente cuando la oye pronunciar con admirable corrección palabras ásperas y duras de nuestra lengua; y esto hace concebir á los amantes del arte dramático la halagüeña esperanza de que Carolina Civili ocupe pronto el puesto que se merece entre las primeras actrices españolas.

No hace muchos días que la eminente artista ha encargado á D. Jacinto García Perez la traducción al español de dos lindas comedias italianas. El Sr. García Perez, cuyas bien escritas revistas de teatros en el *Reino*, son una evidente muestra del talento de su jóven autor, hará una esmerada traducción de aquellas obras. Estoy seguro.

En el Circo del Príncipe Alfonso se ha celebrado el primer concierto dirigido por monsieur Arban. La música francesa y alemana no es muy del agrado del público español, y en todo caso, el público español quiere ó lo sublime ó el pasatiempo. O *Fausto*, ó nada.

Esto, sin embargo, no quiere decir que los concurrentes al Circo la noche del 8 quedaran descontentos. Aplaudieron al maestro, pasaron un rato, y se marcharon.

También la magnífica orquesta del teatro de Rossini, magistralmente dirigida por el Sr. Gaztambide, ha comenzado sus conciertos al aire libre: el público, y con razón, está por los Campos Eliseos.

Los enfermos y los esclavos de la moda, comienzan á hacer el equipaje para largarse con viento fresco.

He visto un libro, una especie de *guía*, en la cual estan espesados todos los establecimientos de baños de España, y aun del extranjero. Según lo que allí se asegura, todos los baños sirven para curar todas las enfermedades, lo cual me prueba que ó la ciencia se equivoca, ó se equivoca el libro, ó se equivocan á la par el libro y la ciencia.

A pesar de todo, la gente de buen tono se dispone á dejar la corte por un par de meses, y en todas partes y á todas horas se oyen diálogos como el siguiente.

- ¡Adios, marquesa!
- ¡Adios, Antoñito! ¿Qué calor, eh?
- Insufrible. Es ya una necesidad *dejar esto*.
- ¿Ustedes no salen este verano?
- Indudablemente.
- ¿Dónde van Vds.?
- A San Juan de Luz.
- Yo voy á Biarritz.
- ¡Nos veremos?
- Si V. lo desea...
- Tendría un placer...
- En ese caso, le prometo pasar por San Juan de Luz antes de volver á la corte.

No sé si á la mayor parte de los que viajan les sucederá lo que á la marquesa, cuyo San

Juan de Luz es un pueblo de Aragon, donde posee un castillo feudal, en el cual se asan vivos los pajaritos y el termómetro está constantemente á treinta y nueve grados. En cuanto á Antoñito, va generalmente á Rioseco, donde tiene un tío que le espera para pedirle cuentas de su conducta.

Los jardines del Circo de Price están abiertos hace ocho días, y allí se reunen estudiantes y modistas, pollos de primer vuelo y jamonas de segundo, los cuales gozan contemplando la rueda de fuego, que prueba los adelantos del arte pirotécnico, y bebiendo agua de naranja, que parece otra cosa. Por lo demás, el espectáculo es muy entretenido, mucho, tal vez demasiado.

La corte ha regresado de Aranjuez y se dispone, según aseguran los periódicos de noticias, á salir en breve para Zarauz y otros puntos.

La primera edición del libro titulado *Armonías y Cantares* se ha agotado completamente. Esto prueba la bondad de la obra, y me atrevo á recomendarla una vez mas á mis lectoras, en la seguridad de que ha de agradarles.

A propósito de libros: circula por Madrid uno... es decir, no circula, está quietecito en los escaparates de los libreros, titulado: *¡El Diluvio!*

¿Qué quiere decir eso? me preguntarán mis lectoras.

Lo ignoro; he leído el folleto á que aludo, y no sé qué intenta probar el autor de ese chaparron intempestivo. Allí se habla de la Guardia civil, del Gobierno, de las novelas de Escrich, de los libros de Palacio, de las poetisas, de los poetas, de Castro y Serrano... y despues de hacer una especie de revista política-literaria de cuanto en Madrid sucede, el autor asegura que el remedio á nuestros males es *el diluvio*: me parece peor el remedio que la enfermedad, porque al fin y al cabo la enfermedad no nos cuesta dinero, y *el diluvio* cuesta *cuatro reales* y tiene *diez y seis* páginas.

Reasumamos. En Madrid no sucede nada, pero ello es que sin sentirlo hemos hablado de Arderius, de los franceses, de tres crímenes nuevos, de Carolina Civil, de conciertos, de dos circos, de dos bañistas, de un libro bueno y de un folleto muy malo.

No se podrán quejar mis lectoras de la poca novedad del revistero.

Última hora. A Catalina le han aplaudido en Granada.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURÍN.

FIGURA 1.^a *Traje para señora:* vestido de glasé color de madera, claro, compuesto de falda y larga casaca.

La parte inferior de aquella está adornada con cintas estrechas de seda negra, que tienen un labradito blanco, formando picos: se colocan primero tres, luego una formando puntas, y despues otras tres.

La casaca se corta como un gaban completamente ajustado: se abrocha de la garganta á la cintura por medio de corchetes invisibles, y desde el talle se abre en redondo; el bajo de esta casaca, completamente nueva, está adornado con dos cintas: otra que forma picos, y otras dos encima: esta guarnicion muere en el talle del que parten, guarneciendo el pecho, tres cintos solamente colocadas rectas, una de las cuales da la vuelta al cuello por detrás.

Manga casi ajustada, y adornada en la costura de la sisa por tres cintas, dos planas y una formando picos: igual adorno lleva la manga en la parte inferior, quedando abierta y redondeada en la costura del codo.

Cuello y puños lisos, guarnecidos al borde por bellotitas blancas: por debajo del cuello pasa una corbatita verde muy pequeña.

Peine de acero con cadenillas colgantes en los cabellos.

Este traje es del mejor gusto para recibir, y para paseo en carruaje en las tardes frescas, sin mas que añadirle un sombrerito de crespon verde, adornado de rosas de musgo, ó un simple velo de tul liso.

Es igualmente distinguido para comida de confianza.

FIGURA 2.^a *Traje para señorita:* vestido de tafetan de Alemania, azul con rayitas negras: la falda está adornada por tres volantes de cinta de un azul algo mas subido, á cada uno de los cuales sirve de cabeza un entredos de encaje (ó imitacion) negro, estrecho y muy sencillo: á distancia de unos siete centímetros de estos volantes, van colocados otros dos, con otros dos entredoses, que terminan en los costados, sujetos por un lazo grande de cinta mas ancha que la de los volantes, y cuyos cabos, bastante largos, estan guarnecidos de un fleco de seda.

Cuerpo alto sin adorno alguno, que forma una punta redonda por detrás y otra por delante en el talle.

Manga ajustada adornada en la sisa con un volante y un entredos, y por dos volantes y dos entredoses en la parte inferior.

Manteleta-chal, guarnecida al rededor por dos volantitos de cinta y dos entredoses: en el borde superior no lleva ningun adorno: esta manteleta está recogida en pliegues en la sangría del brazo por medio de un lazo de cinta, semejante á los de la falda.

Cuello y puños enteramente lisos.

Sombrero de paja de Italia, adornado de flores campestres: en la copa rama de flores con follage.

Este traje es encantador para señorita muy jóven, por su frescura, sencillez, modestia y escasísimo coste: le creamos de gran utilidad, sobre todo en las familias en que hay tres ó cuatro señoritas, cuyos equipos, por mas que sea crecida la fortuna de sus padres, tienen que ser poco dispendiosos: tiene además la ventaja, por su especial color, de servir lo mismo para visita que para paseo, y para comida, despojándole del sombrero y manteleta.

FIGURA 3.^a *Niña de siete años:* falda y paletot de foulard color de maiz, bordados una y otro de arabescos ejecutados con soutache de seda negro: el paletot es ajustado, y cerrado en el pecho con botones de seda negra.

Cuellecito y puños lisos.

Sombrero de paja de Italia adornado de terciopelo negro: delante lleva una especie de abanico del mismo terciopelo sujeto con una estrella de nácar.

Cuantes de Suecia, lila.

Medias de hilo y botas altas de ante, bordadas con soutache en armonía con el vestido.

Este traje es bastante esmerado para niña de esa edad: y así, para uso diario, se podrá sustituir el foulard con piqué, ya del mismo color, ya blanco, tela que tiene la ventaja inmensa, tratándose de los niños, de lavarse: el bordado es de facilísima ejecucion, y estamos seguros de que mas de una madre lo ejecutará por sí misma.

Caso de hacerse este lindo traje en piqué, el soutache deberá ser de lana, pues el de seda no se puede lavar.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARIA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torja, 14.



Mai 1865.

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

publié par le *Journal des Dames et des Salons* de Madrid

On s'abonne au Bureau, rue St. Anne, 64, à Paris.